

Movilidad y territorialidad. El poblamiento neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas

En este estudio se plantea un análisis de las pautas de emplazamiento y distribución de los distintos yacimientos neolíticos que se conocen en las comarcas centro-meridionales valencianas. La variabilidad funcional de estos yacimientos nos permite explorar las estrategias de subsistencia y movilidad de estos grupos; por otro lado, un análisis diacrónico de sus pautas de distribución, en relación también con los yacimientos funerarios y con arte rupestre, permite profundizar en el modo en que se produjo el proceso de apropiación y domesticación de este paisaje.

Palabras Clave: Neolítico, pautas de poblamiento, movilidad, territorialidad

This study proposes an analysis of the patterns of location and distribution of the different neolithic sites known in central-mediterranean Iberia. The functional variability among these shows us the subsistence and mobility patterns of neolithic groups; moreover, the diachronic analysis of their distribution and relation with burial and rock art sites, give us a deeper background to understand how these groups performed the appropriation and domestication of this landscape.

Key Words: Neolithic, settlement patterns, mobility, territoriality

INTRODUCCIÓN

Los distintos aspectos de la actividad humana en el espacio dejan una huella sobre el entorno en el que cada comunidad habita, como resultado de la puesta en práctica de una serie de estrategias ligadas al propio discurrir de su existencia; estrategias tanto funcionales como simbólicas, y organizadas en distintos ciclos diarios, estacionales o anuales (Zvelebil, 2003). Pero además, como ya señaló A. Leroi-Gourhan (1964), con el desarrollo de estas actividades y por mediación de símbolos los grupos humanos toman posesión del tiempo y el espacio que les rodea, en un progresivo proceso de domesticación y apropiación de su entorno.

La creación de un espacio y tiempo controlado en el Neolítico valenciano puede observarse a partir de la organización del paisaje de estas comunidades: mediante la diferenciación funcional de los distintos yacimientos (de hábitat, funerarios o rituales), y el establecimiento de una serie de referentes que contribuyen a estructurar este espacio de acuerdo con sus normas y necesidades, estas comunidades transformarán su entorno natural en un elemento familiar, una más de sus construcciones culturales.

Dentro de este sistema, las acciones y referentes conocidos no sólo condicionarán el modo en que se realicen acciones futuras, sino que a su vez se verán condicionadas por las pasadas acciones que contribuyeron a dar forma a este espacio. Este paisaje, creado mediante una integración de elementos naturales y socio-culturales, reflejará por tanto el uso que de él hicieron las comunidades que lo habitaron en un momento concreto, así como el tipo de actividades que en él se llevaron a cabo. Estas actividades presentan dos aspectos fundamentales, prácticos y simbólicos, aunque en gran medida éstos están interrelacionados; pues, además de las actividades de carácter puramente ritual (ceremonias de agregación social o religiosa), el amplio marco de la ideología determina también los aspectos prácticos de las relaciones sociales y del uso de los recursos. Así, la organización del poblamiento puede hacerse en términos de estacionalidad o funcionalidad, pero también constituye un factor de territorialidad. Respecto a las actividades económicas, si bien la aseguración de la base de subsistencia depende de los recursos disponibles y del modo de conseguirlos (técnicas existentes para su explotación y almacenamiento), son socia-

les las motivaciones que condicionan el uso de los recursos y el establecimiento de las necesidades de consumo (determinación del acceso y el modo de redistribución de los recursos, voluntad de crear un excedente para minimizar riesgos o como producto de intercambio con otros grupos, etc.). En definitiva, el paisaje social creado por un grupo será un reflejo de sus creencias y prácticas en el espacio; pues el modo en que se produce la apropiación y articulación del entorno es inseparable de las estructuras sociales e ideológicas de los grupos que en él desarrollan sus actividades.

En el análisis de la estructuración del paisaje por parte de las primeras comunidades productoras en las tierras centro-meridionales valencianas, un elemento que debe ser convenientemente valorado es la existencia de distintos tipos de yacimientos, algunos de formación intencional (arte rupestre y enterramientos) y otros no intencionales (como los lugares de hábitat); al mismo tiempo, dentro de cada uno de estos grupos pueden reconocerse diferencias internas. Esto es particularmente evidente en el análisis del poblamiento: durante el Neolítico se ocupan tanto asentamientos al aire libre como cuevas y abrigos, de forma estable o temporal en cada caso, respondiendo a unas estrategias subsistenciales particulares que incluyen el uso de algunos de ellos en un contexto ritual. Para una mejor comprensión de la relación de los diversos yacimientos entre sí y con su medio natural, deben definirse con claridad cuáles son las características del emplazamiento de cada uno, y si es posible apreciar diferencias en su distribución: tanto espaciales (comparación entre distintas unidades geográficas) como diacrónicas (variación de las pautas a lo largo de la secuencia neolítica).

Sin embargo, la identificación de las prácticas sociales que se realizarían alrededor de estos yacimientos no puede hacerse sólo a partir del análisis de sus pautas de emplazamiento y distribución. Un aspecto fundamental en el estudio del paisaje neolítico debe ser el análisis de la relación global establecida entre sus distintos componentes culturales y de éstos con el entorno natural, a partir del análisis del movimiento de estas comunidades entre unos elementos y otros; pues este movimiento constituye un factor esencial en la percepción del entorno, favoreciendo su efectiva apropiación y domesticación. Por ello, un análisis detallado de las pautas de movilidad de los grupos neolíticos permite trasladar la atención desde el emplazamiento de los yacimientos hacia la interpretación de las actividades que tienen lugar en el paisaje; y también cómo su naturaleza, emplazamiento y cambios en el tiempo y en su distribución otorgan significado a una serie de lugares destacados, dentro de un proceso de reproducción de las relaciones sociales que nos informa acerca de la identidad y territorialidad de estos grupos (Llobera, 1996).

El análisis de las pautas de emplazamiento y distribución de los distintos yacimientos neolíticos conocidos en las comarcas centro-meridionales valencianas, así como la reconstrucción de las pautas de movilidad de estos grupos a través del paisaje, mediante la aplicación de Sistemas de Información Geográfica, constituye la parte fundamental de

nuestro proyecto de Tesis Doctoral, realizado en el Área de Prehistoria de la Universidad de Alicante, y del que presentamos aquí un avance.

RASGOS GENERALES DEL POBLAMIENTO NEOLÍTICO EN LA ZONA

Durante décadas, en la investigación valenciana ha prevalecido la idea de que cuevas y abrigos constituirían el tipo de hábitat mayoritario de las primeras comunidades neolíticas de la zona; mientras que la generalización de las aldeas al aire libre sólo se produciría en el Neolítico Final, como consecuencia de un proceso de expansión demográfica similar al registrado en otras culturas del Mediterráneo Occidental (como el Chasense del sudeste francés). Sin embargo, los estudios sobre el poblamiento de estas comarcas realizados desde finales de los 80 habían apuntado la posible existencia de un hábitat al aire libre ya desde las primeras fases del neolítico, a partir de hallazgos como los de Mas del Pla y Bancals de Satorre (Benifallim) y las antiguas menciones acerca de la presencia de cerámicas cardiales en el entorno del Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 1989). Esta idea ha sido confirmada en los últimos años por los resultados de la excavación en el citado asentamiento al aire libre de Mas d'Is (Penàguila) (Bernabeu *et al.*, 2002; 2003), así como por las evidencias procedentes de otros asentamientos como Casa de Lara y Arenal de La Virgen (Villena), Les Dotze (Bocairent), Ledua (Novelda) o La Alcudia (Elche); pues todos ellos han mostrado ser contemporáneos a los primeros niveles de ocupación de las cuevas de l'Or (Beniarrés), Sarsa (Bocairent) o Cendres (Teulada), que se consideraban el paradigma de cuevas ocupadas durante el Neolítico cardial. Ante estas evidencias, podría plantearse una revisión del papel de estas cuevas en las nuevas pautas de poblamiento neolíticas: aunque en algunas de ellas sí se documenta la presencia de niveles y estructuras de habitación bien definidos (como es el caso de la Cova de les Cendres), en cambio la mayor parte de las cavidades conocidas parecen haber sido usadas únicamente de forma esporádica, como complemento de otros yacimientos de hábitat estable (*cf.* Fairén, 2002); mientras que para determinados casos, como los de la Cova de l'Or o la Cova de la Sarsa, algunos autores plantean roles diferenciados dentro de unas estrategias de diversificación espacial y temporal de las actividades productivas (Vicent, 1997).

Para definir con mayor precisión la potencial funcionalidad de cada tipo de yacimiento durante el neolítico, es necesario analizar las pautas de emplazamiento de cada uno de ellos, combinando esta información *off-site* con la proporcionada por el propio yacimiento: cultura material, estructuras de hábitat, secuencia de ocupación, etc. Entre los atributos más frecuentemente considerados para la definición del emplazamiento de los yacimientos de hábitat (*cf.* García Sanjuán, 1999 o Parcero, 2002), en este estudio hemos optado por seguir tres criterios: la altura relativa o prominencia sobre el entorno inmediato; el grado de pendiente en el punto

donde se localiza el yacimiento; y los tipos de suelos existentes en su entorno inmediato (delimitado mediante un análisis de áreas de captación).

CRITERIOS DE DEFINICIÓN DEL EMPLAZAMIENTO

En primer lugar debe tenerse en cuenta los fuertes contrastes que existen, en la zona de estudio, entre el litoral y el interior, así como entre vegas y llanos por un lado y sierras y valles por otro. Las comarcas centro-meridionales valencianas presentan un paisaje caracterizado, en sus zonas montañosas, por la alternancia entre grandes anticlinales y valles rellenos de margas miocenas, todos ellos de disposición típicamente bética (SO-NE); y, en las comarcas litorales, por distintos tipos de costa (desde playas arenosas propias de los ambientes de restinga-albufera hasta acantilados). Ante estos contrastes, el valor de la altitud absoluta de los yacimientos no resulta descriptivo de su emplazamiento: en un espacio relativamente reducido se pasa desde la cota cero del nivel del mar a altitudes que superan los 1300 m. Por tanto, la determinación de la altitud relativa de cada punto del terreno respecto a su entorno permite una mejor caracterización de la forma natural de estas comarcas, y constituye un elemento fundamental para conocer la prominencia visual de los yacimientos en el paisaje.

En cuanto a la pendiente donde se localiza el yacimiento, no sólo constituye un factor determinante de su accesibilidad sino que en cierto modo afecta también al tipo de actividades económicas que pueden realizarse en su entorno. Así, aunque determinadas prácticas como el abancalamiento (en cualquier caso, no constatado en época neolítica), el tipo de cultivo o la simple voluntad humana puedan matizar esta clasificación, generalmente se considera que las pendientes superiores a los 20° sólo son aptas para usos ganaderos y forestales, mientras que las óptimas para las prácticas agrícolas se situarían entre 0-12° (García Sanjuán, 1999: 123). De esta manera, el grado de pendiente podría condicionar el potencial productivo del entorno inmediato de los yacimientos (Gráfico 1).

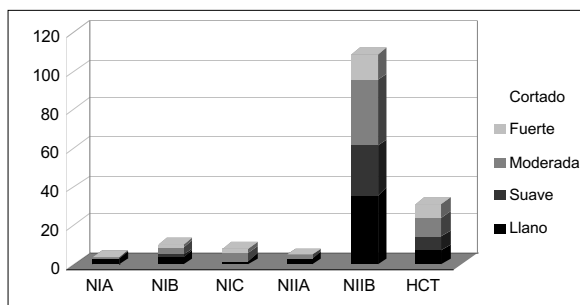


Gráfico 1. Localización (según el grado de pendiente) de los asentamientos al aire libre a lo largo de la secuencia neolítica regional. Si en los momentos iniciales predomina la elección de zonas llanas o de pendiente moderada, en los momentos finales puede apreciarse una mayor variabilidad en el emplazamiento, así como la existencia de un número más elevado de asentamientos.

Por último, otra fuente de información esencial para la exploración de este potencial productivo sería el tipo de suelos existente en el área de explotación inmediata de los yacimientos. El cálculo de áreas de captación (*Site Catchment Analysis*), a pesar de ser uno de los más conocidos dentro de la metodología propuesta por la Arqueología Espacial procesual, posiblemente sea también el que mayores críticas ha suscitado; especialmente, por su aplicación dentro de marcos interpretativos basados en criterios funcionalistas y adaptativos. Esta técnica, que permite analizar el emplazamiento de los yacimientos en relación con los recursos económicos potencialmente accesibles desde ellos, se basa en la recreación de un perímetro alrededor del asentamiento que designaría el área habitualmente explotada desde éste; siguiendo un criterio de racionalidad económica de costes mínimos según el cual, a mayor distancia desde la base, mayor será el valor económico de explotar determinados recursos; por tanto, se considera que existirá un límite en el territorio de explotación en aquel punto donde el coste de obtención de los recursos supere los beneficios proporcionados (una hora de camino o 5 km para las sociedades agrarias, según las estimaciones generalmente aceptadas de Chisholm - 1968). Las críticas recibidas por este tipo de análisis son de varios tipos: por un lado, las centradas en el propio planteamiento del análisis, por su determinismo funcionalista (otorga una importancia excesiva a los factores externos y adaptativos en la determinación de las pautas que guían el comportamiento humano, sin atender a sus aspectos sociales o cognitivos), y sobre todo por su aplicación de criterios de eficiencia y racionalidad económica desarrollados para el análisis de economías de mercado (cf. Vicent, 1991a; Gaffney *et al.*, 1996). Por otro lado, aquellas que afectan al procedimiento para delimitar el perímetro del área de captación: cómo calcular el espacio recorrido en un tiempo determinado, atendiendo no sólo a los valores de distancia cartesianos sino también al esfuerzo que requiere el desplazamiento.

Atendiendo a estas críticas, puede decirse que los SIG permiten una mayor precisión metodológica en la delimitación de este perímetro, por su capacidad para crear una superficie de fricción que sustituya las unidades de distancia cartesiana por la medida de este esfuerzo, sea en términos de tiempo o de energía invertida (cf. Van Leusen, 1999). En cuanto a las referidas al planteamiento de este análisis, consideramos que los recursos potencialmente explotables desde un yacimiento sólo constituyen uno de los factores que informan sobre el tipo de economía en que éste debe inscribirse; pues, como hemos señalado anteriormente, en última instancia la determinación de las *necesidades de consumo* de una comunidad puede depender tanto de cuestiones sociales como de las puramente económicas. Sin embargo, nuestro estudio no busca reconstruir el sistema de producción de estas comunidades sino únicamente identificar sus pautas de poblamiento, y la aplicación de un análisis de áreas de captación nos parece un método válido para cuantificar de forma sistemática y homogénea uno más de estos aspectos: el tipo de suelo sobre el que se localizan los asentamientos.

Independientemente de su significado económico, la aplicación estandarizada de esta herramienta permite describir con unos mismos criterios el entorno geográfico de cada yacimiento; y, al compararlo con el de otros, diferenciar distintos tipos o funcionalidades potenciales.

FUNCIONALIDAD DE LOS DISTINTOS TIPOS DE HÁBITAT

A partir de los resultados de estos análisis, es posible profundizar en la distinción general realizada entre asentamientos al aire libre, cuevas y abrigos. De esta manera, podemos decir que desde los primeros momentos del Neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas se registra la ocupación simultánea de asentamientos al aire libre, situados en las tierras llanas más cercanas a los cursos fluviales o zonas endorreicas; de cuevas con una larga secuencia de ocupación y una rica cultura material, en cuyo interior se documentan además estructuras de hábitat (hogares, cubetas y fosas); así como una serie de abrigos y cuevas que, por la escasa entidad de sus niveles de ocupación y la cultura material que proporcionan, sólo parecen haber sido objeto de frecuentaciones esporádicas (aunque la dilatada cronología de sus materiales indican que éstas se producirían a lo largo de toda la secuencia neolítica).

Respecto a los asentamientos al aire libre, los vestigios conocidos en la zona de estudio en los momentos iniciales de la secuencia neolítica corresponderían a la definición general de *aldea*, entendida como un lugar principal de habitación, donde residen a lo largo del año todos o la mayor parte de los miembros de la comunidad (Román, 1999: 200). Estas aldeas se ubican fundamentalmente en zonas del interior montañoso y en cotas elevadas sobre el nivel del mar, aunque en terrenos por debajo de la elevación media de su entorno si atendemos a su altitud relativa; respecto a las pendientes, aunque la mayor parte de los asentamientos se sitúan en zonas llanas o de pendiente suave (óptimas para la puesta en marcha de las prácticas agrícolas), podemos observar a medida que avanza la secuencia neolítica una tendencia creciente a ocupar zonas de ladera con una pendiente más pronunciada.¹ En cuanto a los suelos, de forma general puede señalarse que existe una preferencia por las zonas endorreicas de los fondos de los valles y márgenes de los ríos, sobre suelos aluvio-coluviales, elaborados a partir de la erosión de los depósitos cuaternarios, así como los más abundantes suelos pardo calizos (superficiales o sobre material consolidado), que en estas zonas de topografía llana presentan una capacidad agrícola media. Es en estas zonas donde se localizan siempre los asentamientos más antiguos de cada una de las unidades geográficas que pueden diferenciarse en la zona de estudio; en cambio, a medida que avanza la secuencia las evidencias de poblamiento parecen desplazarse hacia los márgenes de estas áreas de ocupación preferente, localizándose sobre zonas con mayor pendiente y una menor capacidad agrícola (Fig. 1).

Respecto a las cuevas y abrigos de ocupación esporádica, generalmente han sido considerados como un hábitat

secundario de carácter estacional (Bernabeu *et al.*, 1989), o como refugios dentro de movimientos cíclicos de trashumancia (Martí y Juan-Cabanilles, 1997; Pérez Ripoll, 1999). Esta hipótesis ha cobrado mayor fuerza en los últimos años, a partir del reconocimiento en algunas de estas cuevas (como La Falguera, Bolomini, Cendres, Santa Maira o En Pardo) de unas estructuras de combustión específicas: los denominados *fuegos de corral*, fruto de incendios intencionados y periódicos destinados a la limpieza y desparasitación de los abrigos usados como lugares de estabulación del ganado (Badal, 1999; 2002; Soler *et al.*, 1999; Aura *et al.*, 2000). En cambio, en otras cuevas donde se han llevado a cabo intervenciones sistemáticas no se menciona la existencia de este tipo de estructuras de combustión; es el caso, por citar sólo algunos, de la Cova Negra (Gaianes) o Sa Cova de Dalt (Tàrbena). Por ello, algunas de estas cuevas parecen ajustarse mejor al concepto de *cueva refugio* definido por M. Gil-Mascarell (1975): abrigos que nunca fueron usados como lugares de hábitat permanente, ni siquiera por parte de un número reducido de personas, sino como refugios esporádicos de pastores durante movimientos de ganado o en el contexto de otras actividades (incluso cinegéticas). De hecho, la ausencia en este tipo de yacimientos de elementos vinculados con la producción y transformación de materias primas asociadas al ciclo agrícola (molinos, piezas con lustre de cereal), y la localización de estas cuevas y abrigos en zonas abruptas del interior montañoso (apropiadas sólo para una explotación forestal, pecuaria o cinegética), parece apuntar también en este sentido.

En cambio, la información que sobre el modo de vida de las comunidades neolíticas de la zona está proporcionando en los últimos años la excavación sistemática de yacimientos como Mas d'Is (Penàguila) o La Falguera (Alcoi), pone de relieve el carácter excepcional del registro material proporcionado por cuevas como las de l'Or o Sarsa, que no responde a la pauta mostrada por los lugares de hábitat. En el caso de la Cova de les Cendres (Teulada), la documentación de fosas y cubetas en el nivel H 15a, datado en 5260-4900 cal. BC (una de ellas con un gran contenedor cerámico en su interior, aparentemente destinado a la contención de líquidos, y otra con restos de una posible cesta realizada con fibra vegetal trenzada) (Bernabeu *et al.* 2001), permite plantear su posible uso como lugar de almacenamiento; del mismo modo que se ha señalado entre las comunidades neolíticas del Nordeste peninsular (Bosch, 1994), o en la propia zona de estudio en casos ya de la Edad del Bronce (Fairén, 2001). En este sentido, las cuevas proporcionarían como característica intrínseca y propicia un ambiente estable en cuanto a temperatura y humedad, favoreciendo la conservación de los elementos (líquidos, cereales) ahí depositados.

Para la Cova de l'Or o la de Sarsa se ha sugerido también una función similar aunque con un carácter distinto, que afectaría al contexto en que se produciría la *redistribución* de lo almacenado: la presencia entre la cerámica cardial de abundantes vasos contenedores, tanto de líquidos (recipientes con cuello) como de otros elementos²; la riqueza de la

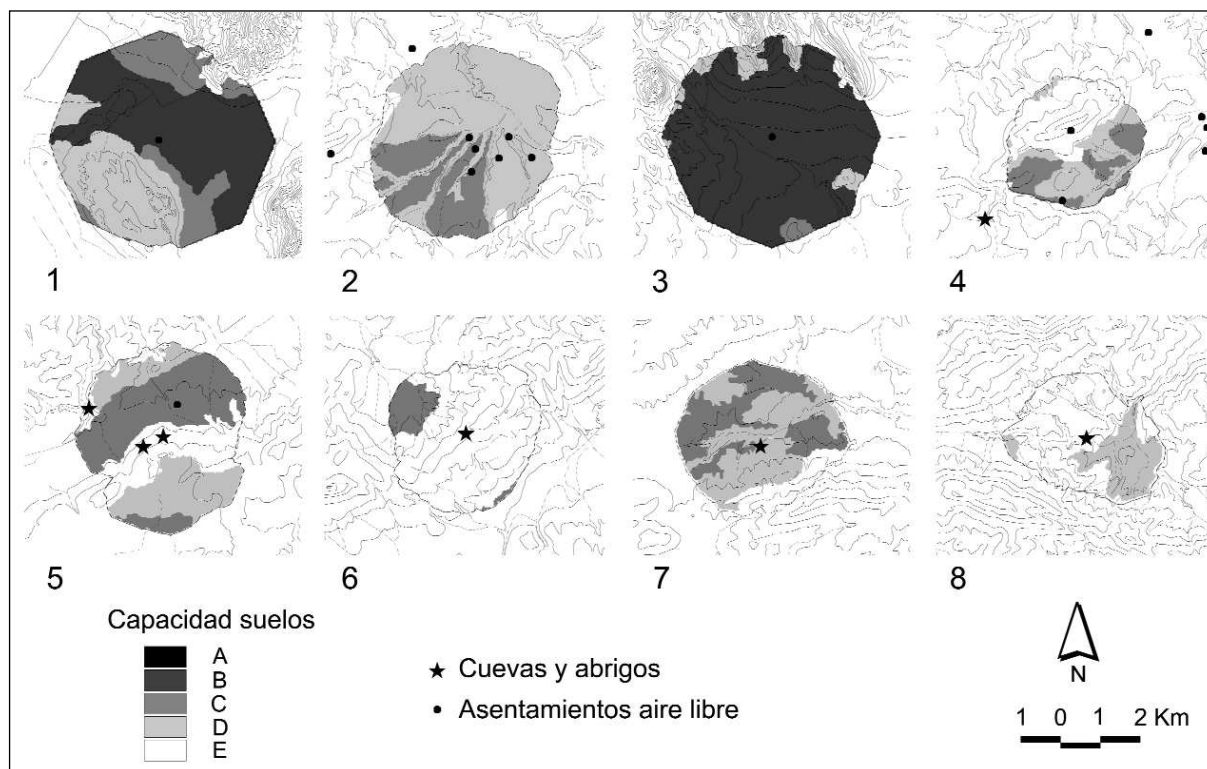


Figura 1. Diferencias entre las áreas de captación de los asentamientos al aire libre y las cuevas y abrigos usadas de forma temporal. 1. Casa de Lara (Villena); 2. Mas d'Is (Penàguila); 3. Ledua (Novelda); 4. Les Florències (Alcoi); 5. Cova de la Sarsa (Bocairent); 6. Cova de l'Or (Beniarrés); 7. Abric de La Falguera (Alcoi); 8. Coves de Santa Maira (Castell de Castells). Entre los asentamientos al aire libre, las áreas de captación más amplias y con suelos de mayor capacidad agrícola son las de los asentamientos localizados en el curso del Vinalopó (Casa de Lara y Ledua); entre los situados en la zona montañosa de la cabecera del río Serpis, las áreas son más irregulares y los suelos presentan menor capacidad agrícola. En cuanto a las cuevas y abrigos, sus áreas de captación son reducidas y existe un mayor predominio de suelos de erosión y pardo-calizos sobre material consolidado, sólo adecuados para la explotación forestal, pecuaria o cinegética.

cultura material presente en el yacimiento (no sólo por la abundancia de cerámicas y piezas de sílex sino también de elementos de adorno, muchos de ellos en proceso de fabricación), en cantidades que no han sido igualadas por los yacimientos al aire libre contemporáneos; el almacenamiento de cereales trillados y tostados, que no podrían destinarse por tanto a la reproducción del ciclo agrícola sino al consumo; o las peculiares pautas de sacrificio que presentan los ovicápridos, donde el 39'6% de los individuos sacrificados son menores de 12 meses y estarían aún lejos de alcanzar su máximo rendimiento en peso (cf. Bernabeu y Martí, 1992); es decir, la acumulación de elementos de valor en este yacimiento, ha llevado a algunos autores a plantear la posibilidad de que Or sea un lugar destinado no al hábitat, sino al almacenamiento social de excedentes para su redistribución (Vicent, 1997). Además, las pautas de sacrificio podrían indicar que esta redistribución tendría un carácter estacional, dentro de un marco de celebración de determinadas ceremonias de agregación destinadas a la consolidación de las instituciones y alianzas sociales. Este valor más allá del mera-

mente funcional ha sido planteado también por otros autores, para quienes el importante componente simbólico que mostraría la riqueza de las decoraciones figuradas en la cerámica cardial excedería la esfera de lo estrictamente cotidiano para vincularse a la vida religiosa de estas comunidades (Martí y Juan-Cabanilles, 1997); en este punto redundaría la presencia en este yacimiento de numerosos tubos de hueso realizados sobre ulnas de rapaces de gran tamaño (buitres y águilas), para los que se propone un uso como instrumentos musicales en contextos ceremoniales del Neolítico antiguo cardial (Martí *et al.*, 2001).

Esta función ritual podría extenderse también a otros yacimientos que presentan ricos materiales asociados a los momentos iniciales de la secuencia neolítica, como la Cova de la Sarsa, donde el conjunto material recuperado presenta ciertas similitudes con el hallado en l'Or –incluyendo la presencia en ambos yacimientos de vestigios de enterramientos–; y en menor medida, pues los materiales son más escasos y de menor calidad, a otras cavidades cercanas como la Coveta Emparetà (Bocairent), la Cova dels Pilars (Agres), la

Cova del Moro (Agres) o la Cova Negra (Gaianes), y quizás otras de la comarca como Sa Cova de Dalt (Tàrbena), la Cova del Somo (Castell de Castells), la Cova Fosca (Vall d'Ebo) o la propia Cova de les Cendres (Teulada). Este almacenamiento podría haber tenido tanto un sentido práctico, respondiendo a necesidades concretas del grupo en ese sentido (creación de excedentes ante la posibilidad de malas cosechas y la necesidad de reproducir el ciclo agrícola); como un carácter social/ritual añadido, que afectaría al modo en que se produjese la apropiación y redistribución de lo almacenado (cf. Ingold, 1986).

PAUTAS DE MOVILIDAD ENTRE LAS COMUNIDADES NEOLÍTICAS VALENCIANAS

Esta diversificación funcional de los yacimientos de hábitat puede entenderse de una forma más específica, si atendemos a su evolución en el tiempo y en el espacio. Así, ya en los primeros momentos de la secuencia neolítica (horizonte Neolítico IA o de las cerámicas impresas cardiales) existen evidencias de poblamiento al aire libre en distintos puntos situados en el interior de la zona de estudio (Casa de Lara en el Alto Vinalopó, Mas d'Is en la cabecera del Serpis); así como el uso de una serie de cavidades localizadas junto a la línea de costa (Cova de les Cendres, Cova Ampla del Montgó) o en los valles cercanos a las planicies donde se ubican las aldeas (Abric de la Falguera, Penya Roja de Catamarruc). Esta ubicación diferencial de aldeas y cuevas parece estar destinada al aprovechamiento de nichos ecológicos distintos, siguiendo una estrategia de explotación integral de los recursos del entorno; pautas similares a las mos-

tradas por otros grupos neolíticos en la Península Ibérica como los del sector Nordeste, donde se plantea un patrón de asentamiento diversificado, destinado a la explotación integral del medio y el aprovechamiento itinerante de los recursos (Bosch, 1994; Sanahuja *et al.*, 1995).

En cambio, a partir de este momento la distribución del poblamiento presentará ciertas novedades, reflejando dos procesos distintos que se mantendrán a lo largo del resto de la secuencia: a) por un lado, una expansión del poblamiento (en cueva y al aire libre) hacia las comarcas cercanas, y también desde las cabeceras hacia las cuencas medias de los ríos (como ocurre en el río Vinalopó y con posterioridad también en el Serpis); y b) paralelamente, en el interior de las unidades geográficas ya habitadas se documenta una multiplicación de las evidencias de poblamiento al aire libre (Fig. 2).

Generalmente se ha señalado la correspondencia de este elevado número de evidencias de poblamiento con un modelo de agrupación de asentamientos basado en la disponibilidad de tierras fértiles: si éstas aparecen dispersas por una amplia región, también lo harán los asentamientos (caso del Neolítico I); en cambio si aparecen concentradas siguiendo el curso de las cuencas fluviales, el registro mostrará la existencia de pequeñas unidades de asentamiento autosuficientes e igualitarias, escasamente separadas entre sí (caso del Neolítico II), fruto de la progresiva segmentación desde un grupo inicial (Bernabeu, 1995). Sin embargo, ya señalábamos en otra ocasión la imposibilidad de que todos estos vestigios correspondiesen a asentamientos contemporáneos, pues en ese caso se estarían solapando sus respectivas áreas de captación (Fairén, 2002: 80). Este solapamiento se ve corroborado por los análisis aquí realizados para la delimitación del perímetro de estas áreas de captación atendiendo

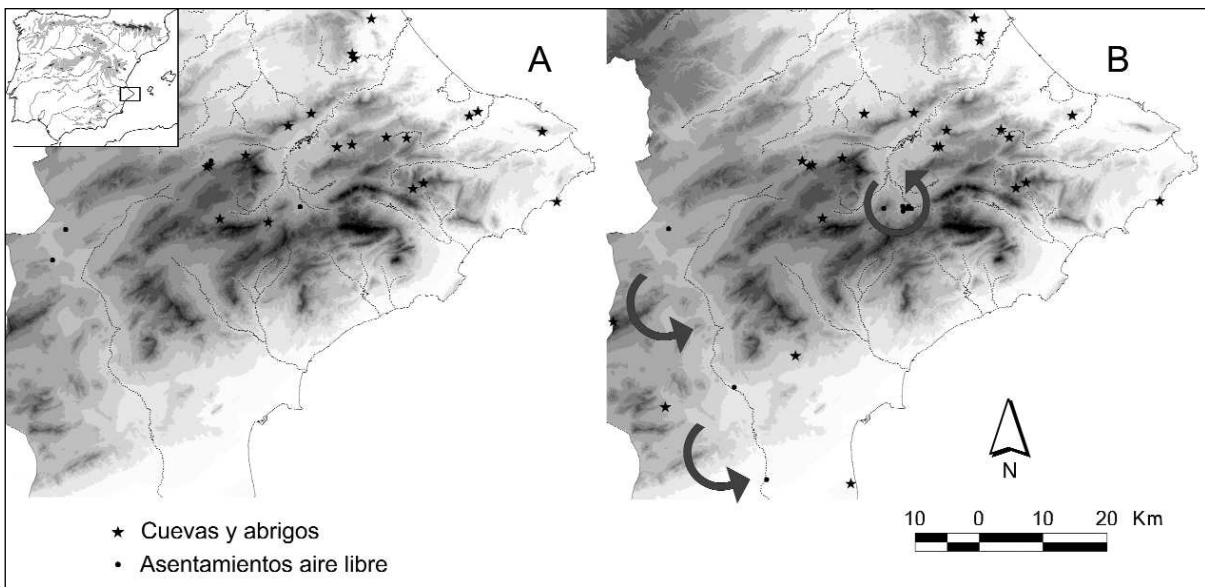


Figura 2. Evolución del poblamiento en los momentos iniciales del Neolítico: A) Horizonte Neolítico IA o cardial; B) Horizonte Neolítico IB o epicardial.

al esfuerzo que conlleva el tránsito en un escenario con desniveles topográficos (Fig. 3); análisis que, aunque han permitido ajustar aquellos resultados preliminares (planteados sobre un radio constante de 5 km), no plantean diferencias sustanciales en cuanto a su interpretación: el solapamiento de las áreas de captación de los distintos yacimientos que se suponían contemporáneos sólo permite leer esta multiplicidad de hallazgos en un sentido diacrónico, como el fruto de sucesivas reubicaciones de un mismo grupo familiar siempre dentro de una misma zona o nicho ecológico –corroborando la idea ya planteada por otros autores para las comarcas del Vinalopó– (Guilabert *et al.*, 1999:287). Al mismo tiempo, esta hipótesis se ve reforzada por la escasa perdurabilidad de las estructuras de hábitat documentadas en estos asentamientos, como sería el caso de Mas d'Is; en este yacimiento se ha señalado la existencia de plazos cortos de reconstrucción o reedificación del espacio doméstico, al constatarse la superposición de diversas estructuras con una cultura material homogénea (Bernabeu *et al.*, 2002). Este tipo de superposiciones ha sido documentado también en el contemporáneo yacimiento de La Draga (Banyoles, Girona), donde según los resultados de los análisis dendro-

cronológicos la secuencia total de ocupación no supera los 40 años; sin embargo, en este margen temporal muchas de las estructuras tuvieron que ser reconstruidas, superponiéndose las más recientes a las más antiguas (Bosch *et al.*, 1999).

De esta manera, consideramos que las primeras aldeas neolíticas de las tierras valencianas presentarían un carácter semi-permanente, caracterizadas por secuencias de ocupación breves y frecuentes reubicaciones del hábitat, trasladado a tierras cercanas. Además, la escasez de silos constatados en las aldeas de mayor antigüedad (siendo usados como contenedores de almacenaje grandes vasos cerámicos); y el pequeño tamaño de molinos y molederas (lo que facilitaría su transporte), pueden ser considerados indicadores válidos del grado de movilidad de estos grupos: una movilidad a pequeña escala, con cambios periódicos en la ubicación del asentamiento que afectarían a todo o la mayor parte del grupo social (Binford, 1980; Kelly, 1992; Whittle, 1997). Por tanto, se puede señalar que en función de la escala de observación, a lo largo de la secuencia neolítica en la zona de estudio podrían reconocerse dos fenómenos distintos que afectan a la distribución de los asentamientos al aire libre:

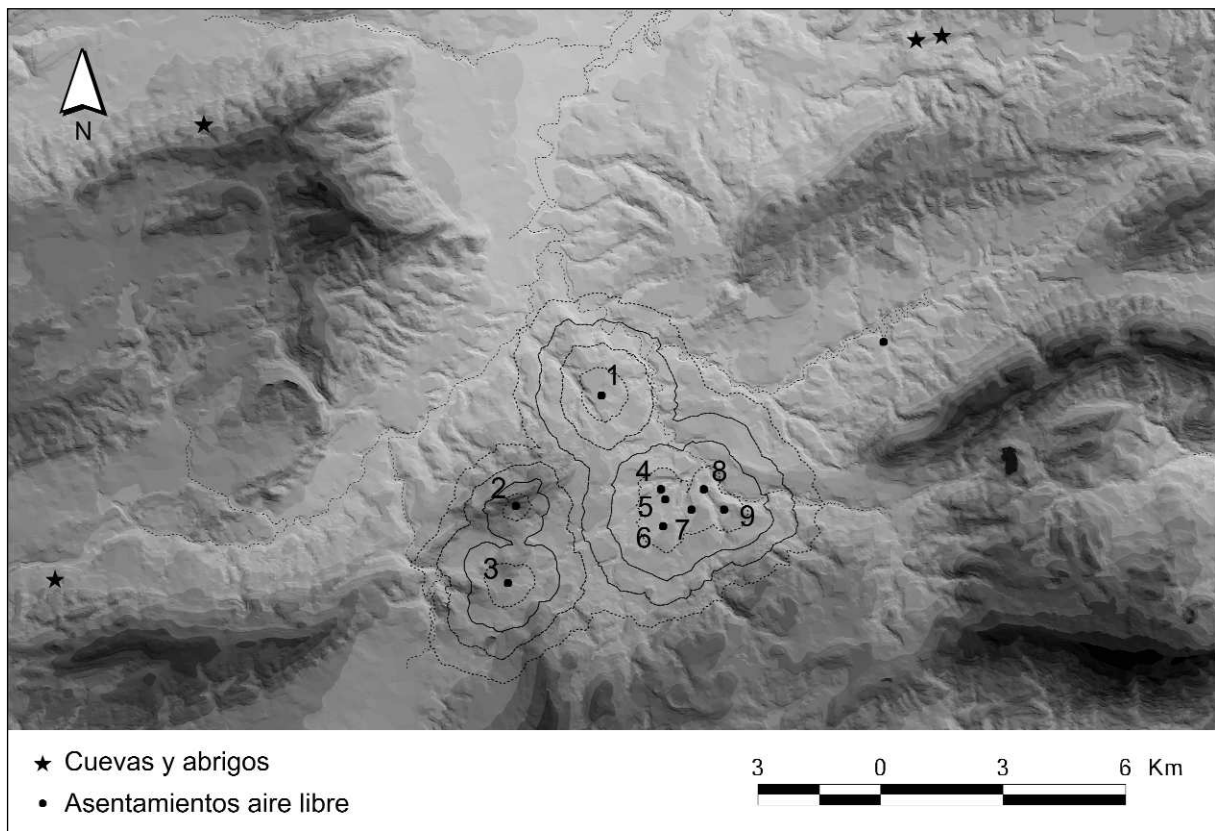


Figura 3. Poblamiento al aire libre en la zona de Les Punes (Benifallim-Penàguila) durante los horizontes epicardial y postcardial con indicación de las áreas de captación de una hora desde cada yacimiento (representadas en intervalos de 15 minutos). En el entorno de Mas d'Is (nº 4), yacimientos contemporáneos se localizan a intervalos inferiores a 15 minutos, mientras que los más alejados (nº 1 y 3) corresponderían a un horizonte más tardío. Sin embargo, todos ellos se encuentran dentro del intervalo de una hora de distancia.

a) Por un lado, la progresiva *expansión del poblamiento* a zonas cercanas que muestran los mapas de distribución, y que puede entenderse en el contexto de crecimiento demográfico y segmentación del grupo social que han señalado otros autores (Bernabeu *et al.*, 1989). Esta expansión mantendría la estrategia subsistencial de diversificación del hábitat ya señalada en los focos iniciales del poblamiento; así, en el curso medio y bajo del río Vinalopó se documenta a partir del Neolítico IB la presencia de aldeas en la zona de Ledua (Novelda) o La Alcudia (Elche), pero también la frecuentación por primera vez de cavidades como la Cova dels Calderons (La Romana) o la Cova de les Aranyes del Carabassí (Santa Pola), destinadas a la explotación complementaria de nichos ecológicos distintos.

b) Al mismo tiempo, en las áreas ya habitadas se produciría una *movilidad residencial* a nivel local cuyo resultado sería la multiplicidad de hallazgos superficiales en su interior. Esta multiplicidad no puede atribuirse a la presencia de asentamientos contemporáneos surgidos por la segmentación de un núcleo originario, pues la segmentación del grupo y migración de un contingente humano a un nuevo territorio necesariamente debe producirse a una escala territorial amplia (*cf.* Kelly, 1992), como se ha señalado en el caso anterior; en cambio en este caso hablamos de reubicaciones del hábitat, con desplazamientos de corto alcance que intentan mantenerse en la medida de lo posible dentro de un mismo nicho ecológico. Aparentemente, estos desplazamientos tendrían un carácter práctico: quizás por razones de higiene o para evitar estructuras excavadas anteriores, que tendrían que volver a rellenar para hacer de nuevo practicable la superficie (Román, 1999); pero también, a una escala más amplia, debido al propio sistema de producción agrícola, de rozas (Martí, 1983), o más probablemente de alternancia de cultivos o barbecho de ciclo corto (Bernabeu, 1995). Así, las rudimentarias técnicas disponibles en estos momentos exigirían el cultivo de suelos ligeros y bien drenados, que no exigiesen una roturación a gran escala; sin embargo, este sistema presentaría una cierta inestabilidad a medio plazo por el agotamiento de los suelos usados, obligando a abrir constantemente nuevos espacios de cultivo para mantener los niveles de producción agrícola (pero sin abandonar la unidad geográfica en la que se habita, indicando así un relativo grado de fijación al territorio apreciable también en la existencia de enterramientos en cavidades cercanas desde los inicios de la secuencia neolítica).

Pero además, la ubicación en nichos ecológicos diferenciados de aldeas estables al aire libre por un lado, y cuevas y abrigos de uso esporádico por otro, nos está indicando también unas pautas de movilidad distintas, que afectarían a una escala regional:

c) *Movilidad logística*. Cuevas y abrigos se localizan siempre a distancias mínimas de 12 km en línea recta desde los asentamientos al aire libre más cercanos, lo que reforzaría la idea de un emplazamiento diferencial destinado a la explotación de medios con distintas posibilidades biofísicas; así, cuevas y abrigos serían usados como refugios de forma

ocasional o estacional por parte de una serie de individuos especializados, mientras que el resto permanecería en las aldeas (Binford, 1980). En este sentido, M. Zvelebil (1992) ha señalado cómo la documentación etnográfica indica la importancia que las actividades de caza mantienen entre muchas sociedades agrícolas, sea como estrategia de reducción de riesgos (como respuesta a la impredecible variabilidad de las cosechas), por razones socio-ideológicas, o simplemente para abastecer una demanda de materias primas para la elaboración de adornos u otros objetos. Así, la implantación entre las comunidades neolíticas de la zona de una economía de base agropecuaria no sería incompatible con el mantenimiento de unas pautas de aprovechamiento intensivo del medio que incluirían el recurso a la caza y recolección, dentro de un modelo de economía mixta (*cf.* Guilabert *et al.*, 1999; Fairén y Guilabert, 2002-2003).

Por otro lado, también el mantenimiento de una cabaña ganadera exigiría su traslado con cierta frecuencia, para no sobreexplotar los pastos; aunque sin llegar a constituir movimientos reglados de trashumancia (traslados a larga distancia en busca de pastos estacionales), pues los análisis faunísticos realizados en yacimientos de la zona parecen mostrar que los rebaños no serían de gran tamaño y estarían formados fundamentalmente por oviscapridos (Pérez Ripoll, 1999). Estas especies, por su capacidad de ramoneo, se adaptarían perfectamente al paisaje vegetal de matorral bajo (fabáceas leñosas, romero, jara) que los estudios antracológicos muestran en el entorno de las cuevas en estos momentos (Badal, 1999; 2000). Así, las cuevas redil (La Falguera, Santa Maira, En Pardo) funcionarían dentro de una red de desplazamientos de corto radio alrededor de los poblados, en busca de pisos bioclimáticos distintos, de acuerdo con la señalada lógica de aprovechamiento integral de los recursos del entorno; donde la ganadería no sería más que un complemento de las actividades agrícolas, y cada una se llevaría a cabo en nichos diferenciados aunque relativamente cercanos.

De esta manera, estos abrigos sólo serían usados de forma esporádica; quizás estacionalmente los refugios de caza, en los períodos de descanso entre la siembra y la recolección (cuando el consumo depende exclusivamente de las existencias almacenadas); y de forma más regular los usados como redil. En cualquier caso, su ocupación se limitaría a una parte del grupo social, permaneciendo el resto en las aldeas.

d) *En el paisaje*. Al mismo tiempo, la diversidad funcional documentada entre los yacimientos neolíticos de las comarcas centro-meridionales valencianas incluye también una distinción entre aquellos destinados al hábitat y explotación del entorno por un lado, y aquellos donde se llevarían a cabo actividades de carácter ritual por otro. Estamos hablando de cavidades como Or, Sarsa y otras, donde se produciría el almacenamiento y redistribución social de excedentes en un contexto de actividades ceremoniales estacionales; pero también de la existencia de una serie de lugares marcados desde los inicios de la secuencia neolítica con representaciones rupestres macroesquemáticas, y cuyas características parecen

responder a la de lugares destinados también a la celebración de reuniones de carácter intra o intergrupales. Entre todos estos yacimientos se crearía una red de caminos destinada a facilitar su comunicación; de hecho, en otras ocasiones hemos señalado cómo la ubicación de muchos de estos abrigos pintados al pie de los corredores naturales óptimos para el desplazamiento (Barranc de Benialf en la Vall de Gallinera, La Sarga en la Canal Ibi-Alcoi), parece responder a una voluntad de control social de los puntos neurálgicos para la articulación interna del territorio (Fairén, 2004:15-16) (Fig. 4).

LA APROPIACIÓN DEL ESPACIO: SUBSISTENCIA, CEREMONIAL Y TERRITORIALIDAD

Por otro lado, si analizamos estas distintas pautas de poblamiento y movilidad en un sentido diacrónico, podemos apreciar importantes variaciones en la evolución del paisaje neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas.

Atendiendo a los aspectos puramente subsistenciales del modo de vida de estas comunidades, hemos propuesto la implantación desde los inicios de la secuencia neolítica de un modelo económico mixto, que aunaría modos de trabajo productores y predadores. Esta estrategia subsistencial se traduciría en unas pautas de poblamiento diversificadas, con la ocupación de distintos nichos ecológicos y tipos de yacimientos, para lograr una explotación integral de los recursos del medio: tanto los debidos a la puesta en marcha de un sistema de producción de base agropecuaria (con el cultivo de distintas especies de cereales y algunas leguminosas y la explotación de una cabaña ganadera en la que predominan los ovicápridos), como aquellos procedentes de la caza y

recolección de especies salvajes. Hemos señalado también que esta diversificación se mantendría en las nuevas zonas donde se registra una expansión del poblamiento a partir del Neolítico IB o epicardial, como sería el caso del curso medio y bajo del río Vinalopó; en todas estas zonas, la ocupación de cuevas y abrigos en los márgenes montañosos será paralela al surgimiento de nuevos asentamientos al aire libre en las zonas llanas más cercanas al curso del río.

En cambio, a medida que avanza la secuencia el número de cuevas y abrigos ocupados se estanca y muchas serán incluso abandonadas, lo cual contrasta con la multiplicación de las evidencias de poblamiento al aire libre que se registra desde el Neolítico IIB y Horizonte Campaniforme (Gráfico 2). De hecho, en estos momentos las únicas cavidades cuyo uso se mantiene son aquellas que funcionalmente hemos relacionado con pautas de almacenamiento o de estabulación del ganado (como sería el caso de Cendres, Falguera o Sa Cova de Dalt). Por ello, posiblemente debamos leer este descenso cuantitativo en la ocupación de cuevas y abrigos como consecuencia de un cambio en las estrategias de subsistencia y explotación del medio: con una reducción en las fuentes de aprovechamiento de recursos, ligada a la intensificación de las actividades de producción agropecuaria y el aprovechamiento de los productos secundarios de la cabaña ganadera propia de los momentos finales de la secuencia neolítica. Este uso de las cavidades en un contexto combinado de almacenamiento y de desplazamientos de corto radio del ganado se corresponde bien con las pautas de uso señaladas en la zona en momentos posteriores, durante la Edad del Bronce (Fairén, 2001), donde el modo de producción agropecuario es ya dominante.

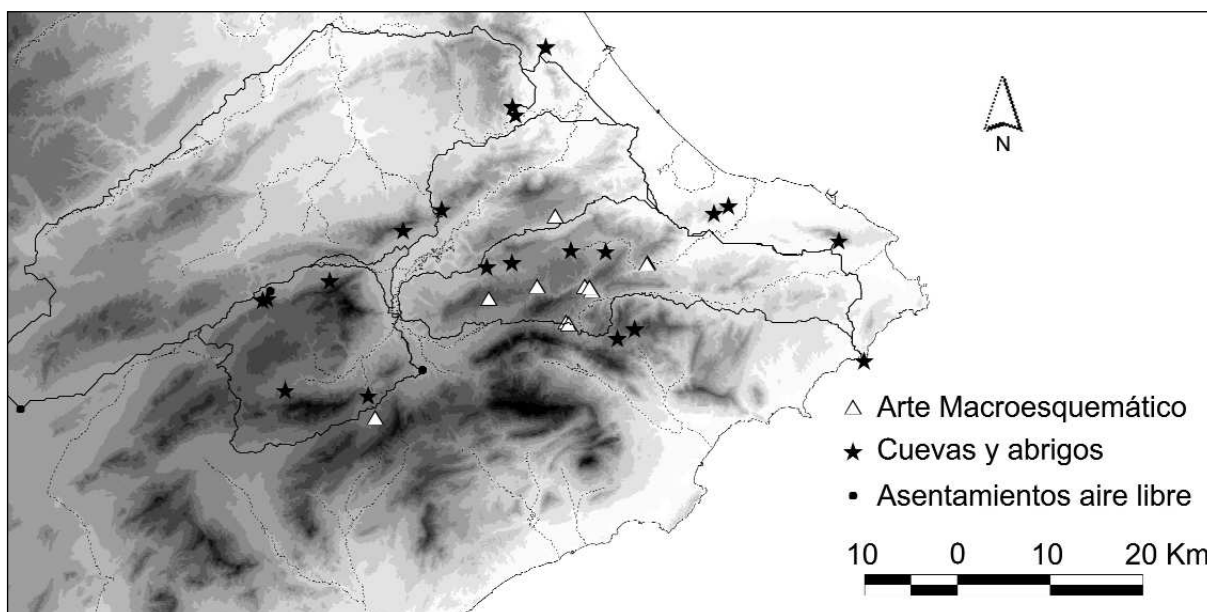


Figura 4. Distribución de los abrigos con representaciones macroesquemáticas respecto a los caminos óptimos calculados entre los yacimientos de hábitat del Neolítico IA (según los atributos naturales del terreno –pendientes y cursos de agua–).

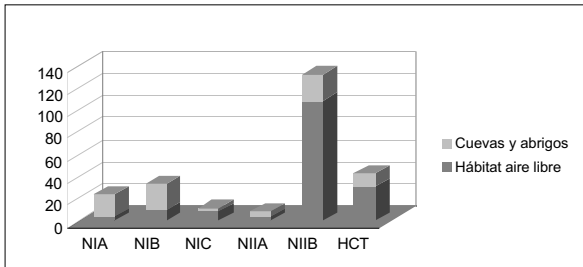


Gráfico 2. Relación entre el número de asentamientos al aire libre y cuevas y abrigos ocupados a lo largo de la secuencia. Mientras el número de aldeas es escaso en las fases iniciales y se multiplica en las finales, el de cuevas y abrigos permanece estable a lo largo de toda la secuencia, y sólo en reduce en el Horizonte Campaniforme.

Al mismo tiempo, en estos momentos finales de la secuencia neolítica se constata también un aumento significativo del número de yacimientos funerarios conocidos: pequeñas cuevas de enterramiento múltiple que se localizan siempre a escasa distancia de los asentamientos al aire libre, y que de alguna manera podrían considerarse marcadores territoriales (asociados a la presencia en un territorio de los ancestros de los moradores habituales de éste) (Fig. 5). De esta manera, la expansión paralela de las aldeas de dedicación agropecuaria y de las cavidades sepulcrales, estaría indicando también un progresivo crecimiento de la conciencia de territorialidad de estas comunidades, reflejada en una mayor fijación al territorio y voluntad de posesión de la tierra y los recursos. Este fenómeno, habitual en los momentos finales de la secuencia neolítica pero que no se constata más que de forma marginal en sus inicios, estaría indicando tam-

bién un cambio progresivo en la ideología y la forma de apropiación simbólica del entorno por parte de estos grupos; cambio que también puede apreciarse con claridad en el tipo de representaciones rupestres que se realizan en la zona a medida que avanza el Neolítico.

Así, con el inicio de la secuencia neolítica en las comarcas centro-meridionales valencianas el registro arqueológico muestra la aparición de una serie de elementos innovadores, fruto del desarrollo de unos rituales complejos: ceremonias de agregación social que pudieron tener lugar en determinados abrigos con representaciones macroesquemáticas (La Sarga, Pla de Petracos, Barranc de l'Infern), en las cuevas ya señaladas (fundamentalmente, Or y Sarsa), e incluso en relación con algunas estructuras monumentales detectadas en asentamientos al aire libre como Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2002; 2003). Este incremento de la complejidad ceremonial, que se produce en un momento de importantes cambios en el modo de vida de estos grupos, parece destinada a mantener su cohesión social, y debe entenderse dentro de una estrategia de apropiación y monumentalización del paisaje característica de las comunidades neolíticas; donde la implantación de una economía productora agropecuaria y el desarrollo de unas nuevas relaciones sociales de producción, imponen también nuevas estrategias de control y dominación de la naturaleza (Criado, 1991). Pero además, estos rituales son exclusivos de esta fase: las representaciones macroesquemáticas tienen un ciclo corto de desarrollo, aunque esos abrigos mantendrán su uso a lo largo del resto de la secuencia (reutilizados para la realización de motivos esquemáticos y levantinos); las cavidades de Or y Sarsa experimentan un claro descenso en la entidad de sus niveles de ocupación a partir del Neolítico postcardial; y el poblado de Mas d'Is ya

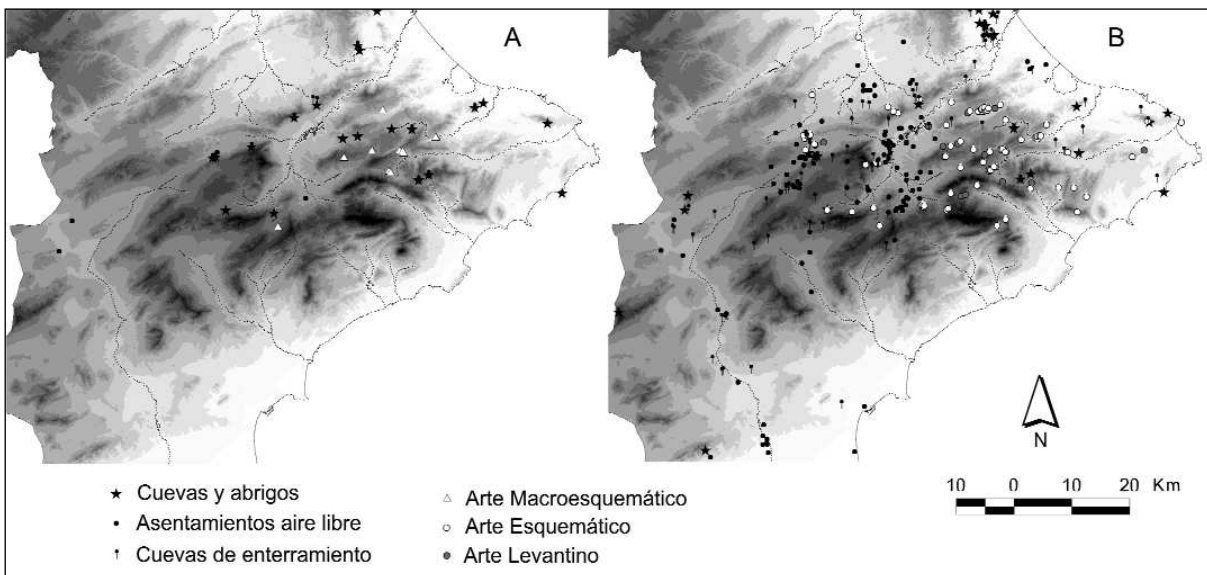


Figura 5. Evolución del paisaje social en las comarcas centro-meridionales valencianas. A) Horizonte Neolítico IA; B) Horizonte Neolítico IIB.

no estaría habitado en el Neolítico IIB. Esto estaría mostrando, sin lugar a dudas, un cambio en las necesidades y estrategias sociales de estos grupos, tanto en sus relaciones externas como en las internas.

Por ello, a partir de estos momentos encontramos un panorama distinto: finalizado el ciclo de representación del Arte Macroesquemático, y paralelamente a la expansión del poblamiento a nuevas zonas, se produce también un auge en la representación de motivos esquemáticos, realizado en abrigos que muestran una enorme variabilidad funcional; e igualmente comienzan a representarse motivos levantinos, en algunos casos compartiendo abrigo con los esquemáticos, y en otros casos en abrigos exclusivos. En este sentido, nos parece significativo que ambos estilos se representen siempre de forma simultánea en aquellos abrigos que controlan los pasos de montaña, situados en los bordes exteriores del área donde se concentran los abrigos con arte rupestre en estos momentos; aparentemente, como si la voluntad de controlar el movimiento en el interior de este espacio que mostraban los abrigos macroesquemáticos en el inicio del neolítico, se desplazase ahora hacia sus márgenes externos (cf. Fairén, 2004: 16). Al mismo tiempo, la distribución espaciada de los abrigos que denominamos *exclusivos*, en los que se representa un elevado número de motivos pero pertenecientes a un único estilo, parece reflejar una cierta compartimentación de este espacio. El uso del arte rupestre en estos momentos puede leerse, así, en términos de una progresiva territorialización de estos grupos: en una fase de consolidación de su modo de vida, con un creciente peso de las actividades productivas agropecuarias y de la conciencia de territorialidad, en relación con un progresivo crecimiento demográfico y de la complejidad social; proceso que finalmente desembocará en la creación, ya en la Edad del Bronce, de unas comunidades campesinas plenamente fijadas al territorio y con prácticas sociales excluyentes.

CONSIDERACIONES FINALES

En conclusión, podemos decir que el registro arqueológico neolítico conocido en las comarcas centro-meridionales valencianas permite abordar con cierta seguridad distintos aspectos del modo de vida y la apropiación del entorno por parte de estas comunidades: a partir de la distribución de los yacimientos y su diversificación funcional, podemos conocer la evolución de sus estrategias subsistenciales y también sus distintas pautas de movilidad; por otro lado, al relacionar estas pautas de poblamiento con las que afectan a la distribución de los yacimientos funerarios, los de uso ritual, y sobre todo los abrigos con representaciones rupestres, podemos plantear también ciertos cambios en los modos de ocupación y apropiación simbólica de su entorno.

Todos estos cambios reflejan, en definitiva, una disolución del orden social de las comunidades primitivas y la progresiva transición hacia lo que se ha llamado *modo de vida campesino* (Criado, 1991; Vicent, 1991b): un proceso que no

sólo afecta a los rasgos técnicos o subsistenciales de las sociedades que se verán inmersas en él (aunque éstos sean los atributos externos que más frecuentemente se han esgrimido para identificar el período neolítico); sino que además provoca unas profundas transformaciones en su ideología y estructura social.

El paisaje como espacio socializado y dinámico, que integra componentes de distinto signo (naturales y culturales, acciones y experiencias), constituye así un marco interpretativo especialmente adecuado para la reconstrucción de las redes de relaciones entre personas y lugares, la caracterización de las comunidades humanas y, sobre todo, la interpretación de los procesos evolutivos que se dan en él.

SARA FAIRÉN JIMÉNEZ

Área de Prehistoria. Universidad de Alicante
Campus de San Vicente del Raspeig
Ap. 99. 03080 Alicante
E-mail: sara.fairen@ua.es

NOTAS

- ¹ La información sobre los asentamientos al aire libre procede tanto del vaciado bibliográfico como de algunos datos de prospección inéditos consignados en las fichas del Servei Valencià d'Inventari (Conselleria de Cultura. Generalitat Valenciana), en las fichas del Museu Arqueològic Camil Visedo Moltó (Alcoi), y en la Memoria de Licenciatura de F.J. Molina Hernández, a quien agradezco las facilidades proporcionadas para su consulta.
- ² Los análisis realizados sobre las pastas cerámicas de este yacimiento indican que las correspondientes a cerámicas cardiales, muy depuradas, no podrían haber sido usadas para poner al fuego sino únicamente como recipientes de almacenaje o consumo (Gallart, en Martí *et al.*, 1980).

BIBLIOGRAFÍA

- AURA, J.E.; SEGUÍ, J.; PÉREZ RIPOLL, M.; VERDASCO, C.; COTINO, F.; PÉREZ HERRERO, C.I.; SOLER, B.; GARCÍA PUCHOL, O.; VIDAL, S.; CARBALLO, I.; NEBOT, B. (2000): Les Coves de Santa Maira (Castell de Castells, la Marina Alta-Alacant): primeros datos arqueológicos y cronológicos, *Recerques del Museu d'Alcoi* 9, 75-84.
- BADAL, E. (1999): El potencial pecuario de la vegetación mediterránea: las cuevas redil, *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*, 291-298.
- BADAL, E. (2002): Bosques, campos y pastos: el potencial económico de la vegetación mediterránea, *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum-PLAV Extra 5*, 129-146.
- BERNABEU, J. (1995): Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. *Actes de les Jornades d'Arqueologia* (Alfàs del Pi, 1994): 37-60.

- BERNABEU, J.; FUMANAL, M^a P.; BADAL, E. (2001): *La Cova de les Cendres. Volumen 1: Paleogeografía y Estratigrafía* (Estudis Neolítics, 1). Universitat de València.
- BERNABEU, J.; GUITART, I.; PASCUAL, J.LI. (1989): Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce, *Saguntum-PLAV* 22, 99-123.
- BERNABEU, J.; MARTÍ, B. (1992): El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme. *Aragón/Litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria.*: 213-234. Zaragoza.
- BERNABEU, J.; OROZCO, T.; DíEZ, A. (2002): El poblamiento neolítico: desarrollo del paisaje agrario en les Valls de l'Alcoi. *La Sarga: arte rupestre y territorio* (M.S. Hernández y J.M^a Segura, coords.), 171-184. Alcoy.
- BERNABEU, J.; OROZCO, T.; DíEZ, A.; GÓMEZ, M.; MOLINA, F. J. (2003): Mas d'Is (Penàguila, Alicante): aldeas y recintos monumentales del Neolítico inicial en el valle del Serpis, *Trabajos de Prehistoria* 60(2), 39-59.
- BINFORD, L.R. (1980): Willow smoke and dogs' tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation, *American Antiquity* 45, 4-20.
- BOSCH LLORET, A. (1994): El Neolítico Antiguo en el Nordeste de Cataluña. Contribución a la problemática de la evolución de las primeras comunidades neolíticas en el Mediterráneo Occidental, *Trabajos de Prehistoria* 51(1), 55-75.
- BOSCH, A.; CHINCHILLA, J.; TARRÚS, J. (1999): La Draga, un poblado del Neolítico Antiguo en el lago de Banyoles (Girona, Catalunya), *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*, 315-321.
- CHISHOLM, M. (1968): *Rural settlement and land use*. London, Hutchinson.
- CRIADO BOADO, F. (1991): Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje, *Boletín de Antropología Americana* 24, 5-29.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. (2001): Abrigos, simas y graneros. Sobre el uso de las cuevas en la Edad del Bronce en la comarca de l'Alcoià, *Recerques del Museu d'Alcoi* 10, 73-82.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. (2002): *El paisaje de las primeras comunidades productoras en la cuenca del río Serpis (País Valenciano)*. Villena, Fundación J.M^a Soler.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. (2004): Rock art and the transition to farming. The Neolithic landscape of the central Mediterranean coast of Spain, *Oxford Journal of Archaeology* 23 (1), 1-19.
- FAIRÉN, S.; GUILABERT, A.P. (e.p.): El Neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas: matices sobre el modelo dual, *Recerques del Museu d'Alcoi*.
- GAFFNEY, V.; STAN'I?, Z.; WATSON, H. (1996): Moving from catchments to cognition: tentative steps toward a larger archaeological context for GIS. *Anthropology, Space and Geographic Information Systems* (M. Aldenderfer y H.D.G. Maschner, eds.), 132-154. Oxford, Oxford University Press.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (1999): *Patrones de desigualdad en la Edad del Bronce del Suroeste de la Península Ibérica*. Oxford, BAR International Series 823.
- GIL-MASCARELL, M. (1966): Yacimientos del Valle de Albaida, *IX Congreso Nacional de Arqueología* (Valladolid, 1965), 100-105.
- GUILABERT, A.P.; JOVER, F.J.; FERNÁNDEZ, J. (1999): Las primeras comunidades agropecuarias del Río Vinalopó (Alicante), *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*, 283-290.
- INGOLD, T. (1986): *The appropriation of nature: essays on human ecology and social relations*. Manchester University Press
- KELLY, R.L. (1992): Mobility/sedentism. Concepts, archaeological measures, and effects, *Annual Review of Anthropology* 21, 43-66.
- LEROI-GOURHAN, A. (1964): *Le geste et la parole*. Paris, Albin Michel.
- LLOBERA, M. (1996): Exploring the topography of mind: GIS, social space and archaeology, *Antiquity* 70, 612-622.
- MARTÍ, B. (1983): *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce*. Universidad de Valencia.
- MARTÍ, B.; ARIAS-CAGO, A.; MARTÍNEZ, R.; JUAN-CABANILLES, J. (2001): Los tubos de hueso de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante). Instrumentos musicales del Neolítico Antiguo de la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria* 58(2), 41-67.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (1997): Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I* 10, 215-264.
- PARCERO OUBIÑA, C. (2002): Using GIS for the historical analysis of archaeological landscapes, *Archaeological Computing Newsletter* 59, 4-10.
- PÉREZ RIPOLL, M. (1999): La explotación ganadera durante el III milenio aC en la Península Ibérica, *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*, 95-103.
- ROMÁN DÍAZ, M^a P. (1999): Primeras aldeas con almacenamiento en el Sureste de la Península Ibérica, *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum-PLAV Extra 2*, 199-206.
- SANAHUJA, M^ªE.; MICÓ, R.; CASTRO, P.V. (1995): Organización social y estrategias productivas en Catalunya desde el VI milenio hasta el siglo VII cal. *ANE, Verdolay* 7, 59-71.
- SOLER, J.; FERRER, C.; GONZÁLEZ, P.; BELMONTE, D.; LÓPEZ, J.A.; IBORRA, P.; CLOQUELL, B.; ROCA DE TOGORES, C.; CHIARRI, J.; RODES, F.; MARTÍ, J.B. (1999): Uso funerario al final de la Edad del Bronce de la Cova d'En Pardo, Planes, Alicante. Una perspectiva pluridisciplinar, *Recerques del Museu d'Alcoi* 8, 111-177.
- VAN LEUSEN, M. (1999): Viewshed and cost surface analysis using GIS. *New Techniques for Old Times-Computer Applications and Quantitative Methods in Archaeology* (J. A. Barceló; I. Briz y A. Vila, eds.), 215-223. Oxford, BAR International Series S757.
- VICENT, J.M. (1991a): Fundamentos teóricos-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfico. *El cambio cultural del IV al II milenios aC en la comarca Noroeste de Murcia, vol. I* (P. López, ed.), 31-117. Madrid.
- VICENT, J.M. (1991b): El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas, *Boletín de Antropología Americana* 24, 31-61.
- VICENT, J.M. (1997): The Island filter model revisited. *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in transition* (M.S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados-Torreira, eds.), 1-13. Sheffield, Sheffield Academic Press.
- WHITTLE, A. (1997): Moving on and moving around: Neolithic settlement mobility, *Neolithic landscapes* (P. Topping, ed.), 15-22. Oxford, Oxbow Books.
- ZVELEBIL, M. (1992): Hunting in farming societies: the prehistoric perspective, *Anthropozoologica* 16, 7-18.
- ZVELEBIL, M. (2003): Enculturation of Mesolithic landscapes. *Mesolithic on the move* (L. Larsson; H. Kindgren; K. Knutsson; D. Loeffler y A. Akerlund, eds.), 65-81. Oxford, Oxbow Books.